

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES  
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS  
G R A N A D A

SALUTACIÓN  
Y  
RECITAL

DE LA

ILMA. SRA. DOÑA ALICIA DE LARROCHA

EN SU RECEPCIÓN COMO ACADÉMICA HONORARIA

Y

CONTESTACIÓN

DEL ILMO. SR.

DON JOSÉ GARCÍA ROMÁN

EN EL ACTO CELEBRADO EN EL AUDITORIO "MANUEL DE FALLA"  
EL DÍA VEINTINUEVE DE ABRIL



G R A N A D A

1999



REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES  
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS  
G R A N A D A

SALUTACIÓN  
Y  
RECITAL

DE LA

ILMA. SRA. DOÑA ALICIA DE LARROCHA

EN SU RECEPCIÓN COMO ACADÉMICA HONORARIA

Y

CONTESTACIÓN

DEL ILMO. SR.

DON JOSÉ GARCÍA ROMÁN

EN EL ACTO CELEBRADO EN EL AUDITORIO "MANUEL DE FALLA"  
EL DÍA VEINTINUEVE DE ABRIL



G R A N A D A

1999

Depósito Legal: GR. núm. 241 - 1982

---

GRAFICAS DEL SUR, S. A. — Boquerón, 6 — Granada

**SALUTACIÓN**  
de la Ilma. Sra.  
**DOÑA ALICIA DE LARROCHA**



## **Palabras de Gracitud:**

Sres. Académicos,  
Sras. y Sres.:

*Hoy, en esta mágica tarde de la primavera alhambreña, me recibís, Señores Académicos, en el seno de vuestra docta Corporación como Académica Honoraria. Como puede fácilmente imaginarse, vuestro generoso gesto me llena de una íntima y rozagante alegría y, por qué no decirlo, también de grande y legítimo orgullo. De estos sentimientos se colma mi alma y mi ánimo agradecido quisiera poder corresponderos con hermosas palabras que supiesen expresar este sentir que ahora me embarga, pero sucede que yo soy poco dada a los discursos, no puedo dar salida a ese copioso acervo oral que ahora, si me fuere dado, deshojaría complacida como quien deshojara una perfumada flor de gracitud. Sin embargo, sin apenas esfuerzo por mi parte, puedo trocar ese improvisado parlamento por otras palabras más gráciles y sutiles salidas de mis más cordiales centros: puedo ofreceros música. Daros mi lírico testimonio de gozo con sonidos que vuelen en este ámbito y vayan prestos a posarse en lo profundo de cada uno de vosotros, en ese hondón del alma de que hablara Teresa de Avila, ese territorio interior donde la belleza acampa y viven arracimados los sueños. Perdonadme, pues, por esta flaqueza mía en hablar y aceptar la cumplida diafanidad de las notas de mi piano. Sin duda alguna, ellas sabrán mejor que las palabras traducir mis deseos, aunque todo mi solitario monólogo sea tan auténticamente sencillo y desnudo, tan humano e intransferible como el decirlos con el armónico vibrar de mis sentidos:*

Gracias

Alicia de Larrocha



Discurso de Contestación  
del  
ILMO. SR.  
D. JOSÉ GARCÍA ROMÁN



Señor Presidente,  
Señores Académicos:

Es una distinción muy grande ocupar este lugar de privilegio para hacer la *laudatio* de la insigne pianista Alicia de Larrocha con motivo de su ingreso como Académica Honoraria. Ser el portavoz de la Corporación en este momento me llena de orgullo y de complacencia, por lo que debo de agradecer a la nueva Académica que sugiriera mi nombre para que hablara de ella en su investidura. No sé por qué, pero tengo la sensación de que pensó en mí desde una actitud humilde, ya que seguramente no soy el que más la conoce, aunque no el que menos la admira y quiere, pretendiendo de esa manera evitar el embarazoso florilegio, del que huye siempre que puede. Me temo que se equivocó, si fue así, porque pienso explayarme con todo el afecto y devoción posibles, y lo haré a modo de desquite. De igual forma agradezco de corazón a los compañeros de Academia que tuvieron la gallardía de dar el *placet* a esta intervención que tanto me honra. He de confesarles que este momento de disfrute intelectual es impagable. Gracias, muchas gracias, por la confianza que han depositado en mí.

Pese a que he manifestado que no me une una estrecha relación con Alicia de Larrocha, no vayan a caer en el error de que vengo de oídas –aunque también, y en el mejor sentido de la expresión– y mucho menos con la intención de cumplir escuetamente un trámite reglamentario. No se equivoquen. El vínculo que me une a la nueva Académica es único, hondo y secreto; el mejor, el fundamental: la razón por la que acepté intervenir aquí. Estoy unido a ella por la música, admiración y querencias aparte. Y no les extrañe esta justificación. Igual me ocurre por ejemplo con la personalidad de Manuel de Falla. A veces percibo la sensación de

que lo he conocido, de que he asistido a sus tertulias y casi tengo mi memoria y mi ropa impregnadas del olor del humo de su tabaco. Estas sensaciones reales que se producen cuando nos sumergimos intensamente y durante un tiempo considerable en la vida y obra de una persona de perfil atractivo y fascinante, son misterios de nuestra existencia difíciles de explicar.

Recuerdo el encuentro con Alicia de Larrocha en el Palacio de Carlos V al finalizar su memorable recital aquella noche del 23 de junio de 1994, después del regalo de una música breve que a la conclusión del concierto y como gesto refinado nos dejó el corazón apenas sin latidos. Mientras esperaban para saludarle muchos amigos y entusiastas, ella me hizo el honor de recibirme en su camerino para departir unos momentos de placidez y quietud, presididos por una exquisita afabilidad y una timidez desmitificadora. Aquel día memorable para la historia artística de Granada le había dedicado una pequeña colaboración en la prensa y que titulé con no demasiada originalidad *Alicia en el país de la música*. Hablamos quedamente, como susurrantes. Entre palabra y palabra, entre silencio y silencio, la sonrisa y la mirada de ambos competían en elocuencia. Le dije que no quería molestarla después de habernos cautivado con música tan asombrosa y mágica, máxime cuando aún flotaban en el ambiente los ecos de resonancias rememorando otras que me sedujeron en las veladas de Rubinstein, Sabater, Arrau o Barenboim. Como perdí la noción del tiempo ignoro los minutos que departimos. Los recuerdo breves e intensos, acompañados de una paz y sosiego de ensueño.

Esta tarde quiero evocar parte de lo que escribí sobre ella porque la opinión en el papel de prensa muere pronto aunque alguien curioso recorte una hoja del periódico y la guarde en esos archivos que nunca se miran y que un día caen en el olvido de la bolsa de los desechos. Alicia de Larrocha, personalidad que irradia tanta grandeza y nobleza, no va por la vida perdonando la existencia a nadie, a pesar de las pancartas de Nueva York (¿cuántos y quiénes han tenido la oportunidad de recibir ese baño de gentes?), sino que camina por los teclados de todos los días sin apenas

rozarlos, entretenida exclusivamente en la búsqueda de la interpretación de una música que suspenda las leyes físicas, y sin inmutarse por los vuelos y actitudes beocias de los ruidosos moscardones ávidos de hacerse notar al amparo del silencio y compostura de los bienhacientes que viven ajenos a los vaniloquios musicales y a su estólida propaganda.

En tales términos me expresaba entonces. Ahora yo quisiera que mi intervención fuera a medio pedal –no sé si lo conseguiré– con las justas resonancias, sin retórica ni grandilocuencia, sin turbar ni embrollar las aquilatadas sonoridades del mundo de nuestra pianista, sin desdibujar ni difuminar sus hermosos contornos del paisaje de su vida artística, sin oscurecer ni ensombrecer los conceptos de su pensamiento musical. Yo desearía que mi pulsación fuese lo más precisa posible pero con la suficiente libertad para dejar que las armonías de la vida de nuestra Académica campen por sus respetos y nos lleven a mundos de realidad imposible. Desearía conformarme con que mi intervención fuera como un *Momento musical* de Schubert o una página de la *Música callada* de Mompou o una *sonata* de Cage; como si la música fuera de vuelo y ni siquiera rozase las teclas.

En estos momentos tan emotivos me siento dichoso porque hablo del ambiente del mundo de los sonidos y porque la Academia, que siempre ha gozado de buen oído, celebra un acto similar a otros que dieron gloria a los académicos que tuvieron el acierto de elegir a Pedrell, a Falla, a Barrios, a Ruiz-Aznar, a Segovia... Nuestro orgullo es grande al haber designado académicos a músicos españoles que no habían sido reconocidos aún por otras academias. La relación de Correspondientes es impresionante por la calidad de la nómina que contempla compositores, intérpretes, musicólogos españoles y extranjeros. Con cierto pesar y por razones evidentes he de renunciar a nombrarlos.

Hace pocos años, con motivo de la renovación de nuestro Reglamento, creamos la figura de Académico Honorario y procedimos a las primeras elecciones. La Corporación tuvo la sensibilidad de admitir la propuesta que venía firmada por los Numerarios Manuel Orozco Díaz, Juan-Alfonso García García y José García Román, y de elegir y admitir en

nuestra casa a la eminente pianista Alicia de Larrocha quien hoy recibe la Medalla A. Hablaré y con gusto de los *mirabilia* de la nueva Académica e intentaré a pesar de ella abrillantar parte de su valiosa colección de trofeos que he seleccionado de su rica vitrina para que disfrutemos al recordarlos.

Vino a este mundo el año en que Manuel de Falla iniciara en Granada la composición de la obra maestra de la música de cámara española del siglo XX y una de las partituras claves de la música universal. Me refiero al *Concerto*. En la Barcino que la viera nacer, y *frente al mar* fue ungida prematuramente con el óleo de los elegidos, y como los grandes, y por el prodigio de su precocidad, a los seis años debuta como pianista y a los doce ofrece su primer concierto de orquesta con la Sinfónica de Madrid bajo la dirección de Fernández-Arbós –orquestador de varios números de la *Iberia* de Albéniz–, triunfando rotundamente. Alumna de Frank Marshall, quien recibió las enseñanzas de Enrique Granados, al fallecer, le sucede en la dirección de la Academia a indicación suya, continuando la labor de una de las mejores escuelas pianísticas. A partir de 1940 inicia una carrera concertística asombrosa, siendo reclamada por las mejores sociedades y orquestas del mundo. En 1956 con el violonchelista Gaspar Cassadó forma un dúo con la idea de interpretar el repertorio de sonatas para piano y violonchelo. Trabaja con Victoria de los Angeles, con Montserrat Caballé, con el Guarneri String Quartet, el Emerson String Quartet, destacando su entrañable colaboración con Federico Mompou y el inolvidable concierto para dos pianos de F. Poulenc, con el compositor al segundo piano. Condecoraciones, medallas, premios, distinciones se suceden con agrado unánime y aplauso generalizado: Medalla de Oro de la Academia Marshall (1943), Medalla "Harriet Cohen International Music Awards" (1956), Lazo de Darna de la Orden del Mérito Civil (1961). En 1960 obtiene el Gran Premio del Disco Academia Charles Cross de París por su primera grabación integral de la *Suite Iberia* de Albéniz, y en 1961 el Paderewsky Memorial Medal. A partir de 1967 aparece como miembro de los Jurados más prestigiosos del mundo, siendo aclamada y considerada por la crítica internacional como

una de las primeras figuras mundiales del piano, destacando su actuación en el Filarmonic Hall de Nueva York y en el Carnegie Hall con la Orquesta Sinfónica de Chicago bajo la dirección de Jean Martinon. Simultáneamente desarrolla una ingente actividad pedagógica y docente no sólo como Directora de la Academia Marshall de Barcelona, sino también como profesora en prestigiosos claustros de Cursos Internacionales. Es galardonada varias veces con los Premios Grammy y es investida Doctora Honoris Causa por diferentes y renombradas universidades. En 1982 se le concede la Medalla de Oro al Mérito de las Bellas Artes y en 1985 obtiene el Premio Nacional de Música. En 1988 ingresa como Académica Honoraria en la Real de San Fernando de Madrid, en 1994 es galardonada con el Príncipe de Asturias, y en 1995 con el Premio de Música de la UNESCO. Su vinculación a Granada se debe fundamentalmente al Festival Internacional de Música y Danza. En 1960 hace su primera aparición en nuestra ciudad con motivo de la conmemoración del centenario de Isaac Albéniz, celebrándose un ciclo de recitales en los que participan también Gonzalo Soriano y Luis Galve.

Alicia de Larrocha es devota de muchas músicas pues el horizonte de su repertorio no es mezquino, sino al contrario, muy amplio, dando ejemplo a tantos pianistas que viven obsesionados con el *númerus clausus* bajo un sospechoso criterio de especialización motivada por una extraña responsabilidad, cerrándose tristemente a las posibilidades de descubrimientos de otros mundos y estilos.

A Alicia de Larrocha no le interesó vivir de las rentas y ni extasiarse ante el espejo. Alguna vez sin saber cómo he descubierto trampas sutiles en amores y admiraciones de compositores o intérpretes, llegando a la conclusión de que a quienes amaban y adoraban era a sí mismos. Recuerdo un relato lleno de agudeza escrito por Oscar Wilde en *El Discípulo*: "Cuando murió Narciso, las flores del campo quedaron desoladas y pidieron al río que les prestara algunas gotas de agua para llorar por él. '¡Ay! -respondió el río-. Si cada una de mis gotas fueran lágrimas, no tendría suficientes para llorar por Narciso. Estoy enamorado de él'. '¡Ay! -replicaron

las flores del campo-. ¿Y cómo no ibas a enamorarte de él? ¡Era tan hermoso! '¿Era hermoso?', preguntó el río. '¿Quién mejor que tú podría saberlo? Cada día, inclinándose en tus riberas contemplaba en tus aguas su belleza'. 'Si me enamoré de él -replicó el río- fue porque, cuando se inclinaba sobre mis aguas, en sus ojos veía el reflejo de ellas'''. Cuando salen al público los grandes se miran en el río para percibir en los espejos de sus aguas la seguridad de sus bellezas y a veces algunas aguas se aprovechan para enamorarse de sí mismas al verse reflejadas en el agua salada de los ojos de las *estrellas*. Frecuentemente, al amar, nos amamos, y al querer, nos queremos, y al admirar, nos admiramos. Llevo tiempo procurando prestar mis riberas para que se miren en mis aguas y se reconozcan hermosas las luminarias de nuestro firmamento artístico. Hoy ofrecemos nuestras riberas y nuestras aguas para que el arte de Alicia, aunque no quiera, se asome y se contemple una vez más en su plenitud.

No por conocida voy a renunciar al recuerdo de una anécdota que en su día tanto me impresionara al interesarme por la biografía de uno de los pianistas que más he admirado y que más me ha impresionado no sólo por su capacidad musical sino también intelectual y humana. Me refiero a Claudio Arrau quien al ser preguntado por un periodista sobre qué disco se llevaría a una isla desierta, dijo que si necesariamente debía llevarse uno, tendría que ser la grabación de la *Suite Iberia* por Alicia de Larrocha. Para el que les habla, esta contestación de Arrau podría sustituir a todos los galardones que ha recibido y que pueda recibir nuestra pianista.

Cuando hace pocos días consultaba la biografía del insigne pianista chileno y andaba obsesionado rastreando datos para esta intervención académica, la tensión acumulada me hizo que soñara con él. Estábamos de pie en una reunión de no sé qué, y al verle me dio un vuelco el corazón, sentí el escalofrío del más allá y, mientras intentaba convencerme de que era una imaginación pues Arrau estaba muerto, emocionado, me acerqué a él, y con cierto desasosiego le dije: "¡Qué pena no haberme traído una biografía suya para que me la hubiera dedicado". Me sonrió serenamente. Era alto

—cuando sueña uno con personas que nos dejaron para siempre, con cierta frecuencia aparecen de mayor estatura— pero con sus pequeños ojos inquisidores, su bigote distante y con halo de espontánea autoridad. La imagen de su cara no llegaba a los setenta años. De improviso, tomé su mano izquierda entre mis manos, y la besé dos veces. No recuerdo más. Creo que me desperté. La calidad humana de Arrau —virtud tan despreciada y a veces sustituida por una huera altivez vestida de descortesía que no acompaña a los sabios— se descubre en tantas anécdotas...

Pero volvamos a nuestra Académica. Cuando el 15 de diciembre del pasado año se presentó en Barcelona el proyecto de la Philips de editar una colección de 200 discos bajo el título de Grandes pianistas del siglo XX, Alicia de Larrocha, la única española representada en esta lujosa recopilación, después de decir que se sentía desconcertada por la elección, manifestó: “Ésta es una edición discográfica gigantesca y probablemente soy la pianista más sorprendida de todos los que en ella están por verme incluida en esta selección maravillosa”. Por supuesto, no quiso sentarse en el estrado en el que estaban los responsables y ejecutivos de la Philips.

En el antiguo Egipto, uno de los símbolos de la mano era la fuerza. Santo Tomás de Aquino la definió como “Organum organorum”, afirmando que “Habet homo rationem et manum”. La razón de Alicia de Larrocha está en sus manos, porque las manos están en su razón, una razón pura porque ha sido liberada por unas manos que producen *mirabilia*. Estamos necesitados del arte, un arte que esté lejos del utilitarismo y de la mercancía, de las ventas fraudulentas y del artificio. Necesitamos el arte para conocer y cambiar el mundo, digo hoy con el optimismo del pensador Ernst Fischer antes de que me arrepienta y el pesimismo me haga decir otra cosa. Pero no para huir de la realidad. No nos encontramos aquí huyendo de nada ni de nadie, ni vendiendo nada ni a nadie. Estamos aquí porque queremos domesticar nuestros instintos no con barnices de salón ni de vanos recreos. Debemos golpear el mármol del mundo hasta hacer de él el proyecto que tanto anhelamos y no conseguimos. Y

para los que se refugian en la idea de que se trata de una mascarada, una mentira, les diremos con Picasso que esa mentira nos permitirá comprender la verdad. Necesitamos el arte para contemplar el mundo en estado de gracia según escribiera H. Hesse.

Alicia de Larrocha viene de nuevo a Granada con el mensaje de que lo prodigioso puede entenderse muy bien con lo sencillo; que las poses del divismo no añaden absolutamente nada a la estatura artística; que la divinidad puede habitar con los mortales; que es falso que de día todos los grandes vivan de espaldas al mundo y que de noche como vampiros hambrientos se alimenten de la sangre de los aplausos; que es el que puede y no el que quiere; que la foto de la vida no sirve de nada si no refleja el quehacer de la verdad, y que se puede vivir con el éxito, sin desmayos.

Escribió Freud que ser honesto del todo consigo mismo es el mejor esfuerzo que un ser humano puede realizar. No está mal como meta. Pero nos llama el éxito, nos convoca la victoria, nos subyuga la celebridad, anhelamos el aplauso, deseamos el prestigio, apetece los triunfos, queremos glorias, perdemos el sueño por la fama y la cabeza por el laurel, perseguimos el premio a toda costa y vendemos vergonzosamente por un vulgar plato de lentejas lo mejor de nosotros mismos... ¡y para mayor sarcasmo nos consideramos dignos de veneración! Aprendamos de Ulises en su lucha con las Sirenas si de verdad queremos llegar a la Itaca del arte, y dejarnos amar por la tejedora de sonidos, por nuestra hermosa *Penélope*. Pero, me permito preguntarme: ¿Cabe tanta agua en nuestro vaso? Existen muchas respuestas, y hay una que guardo celosamente en mi desván sin conocer la autoría: "Todo lo alcanzarás, pequeño loco, siempre que lo permita tu estatura".

No entiendan esta reflexión venida del ejemplo. Como Cocteau "yo soy una mentira que dice la verdad". Mis primeros acercamientos a los maestros me provocaron inseguridad, vacilación, titubeo, desaliento. En uno de los encuentros con Carmelo Bernaola, músico al que tanto quiero y admiro, tuve la sensación de mareo, de miedo, de nerviosismo como cuando el zahorí descubre algo con su misterioso

péndulo. Recuerdo la tristeza que me embargó al sentirme un diletante sin remedio, un músico de provincias... Más tarde me di cuenta de que había otras provincias, incluidas las *del hombre*, y fui aprendiendo lentamente lo principal: a respetarme y a respetar a los demás; a no hacer carrera, y a trabajar con la mayor responsabilidad sin esperar salario alguno. No conviene olvidar que el juicio último, el verdadero, viene acompañado de la muerte. Y me acordé del pesimista Schopenhauer cuando dijo: "Mi vaso no es grande, pero bebo en mi vaso". No creo que exista mayor acto de dignidad y de respeto a uno mismo y a los demás.

Permítame señor Presidente la licencia de bajar siquiera un tono la obligada afinación académica para dirigirme a Alicia desde mis afectos, desde el corazón. Te doy las gracias, Alicia, por ser tan gran pianista a pesar de que intentas disimularlo. Gracias por sentirte madre, abuela, mujer y música. Gracias por mantener la llama de la genialidad. Gracias por no querer saber lo que sabes. Gracias por no morir de éxito y por merecerlo. Gracias, Alicia, por tu dedo *preciso*, por tu tecla *precisa*, por tu tiempo *preciso*, como decía Bach sobre el arte de tocar el clavecín. Gracias, muchas gracias, por tu discreción y medida, y por estar cerca de nosotros cuando bebemos en nuestro pequeño vaso.

Bienvenida seáis a esta casa, Alicia de Larrocha. Los académicos que hoy tenemos la fortuna de formar parte de esta Corporación sentimos el orgullo de estar escribiendo una página grande en nuestra singular historia. En nombre de la Academia de Bellas Artes de Granada le deseo muchos *mirabilia*. Le recuerdo con palabras de E. Canetti que "cuanto más poblada esté la tierra y cuanto más domine la máquina en la configuración de la vida del hombre, tanto más imprescindible se va a hacer la música". Necesitamos su fuerza, su ánimo, su energía, su vitalidad. Enséñenos a conformarnos con beber en nuestro vaso: el mejor de todos.

Ha llegado el momento de que hable Alicia de Larrocha como mejor sabe: con el sabio lenguaje de la música que llega al corazón antes que las palabras. Hablarán sus manos y sus pies, y nosotros, agradecidos, le contestaremos batiendo sin moderación las nuestras como besos de pasión dirigidos

a la señora de la música. Siento de verdad que mis palabras hayan podido distraer su atención puesta con tanto celo y cuidado en las notas del *Impromptu en el Generalife*, de Montsalvatge, de *El Albaicín* de Albéniz y de la *Fantasia Bética* de Manuel de Falla que afortunadamente vamos a oír ahora.

Señora: a sus pies. Señora: a sus manos. Quedamente hundo el pedal *celeste* para desde la suavidad y dulzura despertar el universo de armónicos que le esperan para llevarle a su país, un país de maravillas, un país de *mirabilia*, nuestro país: el país de la música.

# RECITAL



# PROGRAMA

**Xavier Montsalvatge (n. 1912)**

*Impromptu en el Generalife*

**Isaac Albeniz (1860-1909)**

*El Albaizín*

**Manuel de Falla (1876-1946)**

*Fantasía Ibérica*



*En Colaboración con el*  
*Ayuntamiento de Granada*  
*Centro Cultural “Manuel de Falla”*  
*y la*  
*Orquesta Ciudad de Granada*





